

FRANCISCANOS EN EL JAPÓN DE LA ERA TOKUGAWA. EL VIAJE DE FRAY LUIS SOTELO

Lourdes TERRÓN BARBOSA

Universidad de Valladolid - España

RESUMEN

El presente artículo describe el viaje realizado por el Franciscano Fray Luis Sotelo a España con motivo del envío de la Embajada Keicho a España y a Roma entre 1620 y 1630.

Para entender la labor llevada a cabo por Fray Luis Sotelo en este viaje, hay que entender la rivalidad competitiva que surgió en aquella época entre las diversas órdenes religiosas de los misioneros, causadas, básicamente, por la división territorial de los nuevos mundos descubiertos que marcaban las dos Rutas más importantes del Padroado Portugués y Patronato Español.

Es evidente el contraste entre los dos métodos de evangelización empleados en aquella época: los jesuitas, ante una sociedad vertical y de elevada cultura, se acercaban a las clases altas y presentaban un Cristianismo promotor de los valores positivos culturales existentes

en el país; las demás órdenes monásticas, entre ellas los franciscanos, por el contrario, predicaban un Cristo pobre a los pobres y consideraban la tierra nativa “vacía” (“tamquam tabula rasa”) donde se plantaba la semilla cristiana, tal como se hacía en las colonias iberoamericanas del Nuevo Mundo.

Fray Luis Sotelo estaba obsesionado con la idea de dirigir una nueva Embajada a España y Roma para garantizar la libertad de evangelización en Japón y la promoción de comercios bilaterales. El presente artículo presenta y desarrolla los rasgos más característicos y peculiares que marcaron a aquel viaje y a la denominada Embajada Keicho, integrada también por Date Masamune y Hasekura Rokuyemon.

PALABRAS CLAVES

Viaje, Viajeros, Franciscanos, Fray Luis Sotelo, Evangelización, Comercio, Siglo XV, Embajada Keicho.

I. EVOLUCIÓN HISTÓRICA DE LAS MISIONES EN JAPÓN. JESUITAS, FRANCISCANOS, AGUSTINOS Y DOMINICOS. FORMAS Y CARISMAS DIFERENTES

Regresemos, de nuevo, con la evolución histórica de la misión en Japón destacando la rivalidad competitiva que surgió entre diversas órdenes religiosas de misioneros, causadas básicamente por la división territorial de los nuevos mundos descubiertos que marcaban las dos Rutas del Padroado Portugués y Patronato Español.

El 28 de enero de 1585 el Papa Gregorio XIII, a instancias del jesuita Valignano, promulga la Bula “Ex pastoralis officio” por la que la compañía de Jesús se confirmaba como la “única” orden religiosa misionera autorizada en el hemisferio japonés, naturalmente encuadra bajo el hemisferio correspondiente al Padroado Portugués.

La raíz de la discordia surge en base a que, a pesar de la unión política de España–Portugal bajo Felipe II y Felipe III (1580–1640), se estipuló expresamente que dicha unión respetaba las distintas “administraciones” por separado de los dos imperios ibéricos y, en consecuencia, se debían respetar escrupulosamente los límites establecidos. Sin embargo, diferentes órdenes religiosas españolas deseosas de participar en la fructífera evangelización de Japón, alentadas además por mercaderes hispanos que codiciaban el comercio provechoso cuadrangular de Macao–Nagasaki–Manila–Nueva España (México), se esforzaron en estar también presentes en el archipiélago de País del Sol Naciente.

Pues bien, Valignano, perspicaz estratega, argumentaba su exigencia de disfrutar de un estricto “monopolio” evangelizador de los jesuitas fundamentado en la convicción de que era esencial una gran “uniformidad” en la presentación de la fe cristiana y una adaptación del Cristianismo a los valores de la milenaria cultura japonesa. Tal adaptación no era aceptada por otras órdenes religiosas (franciscanos, dominicos y agustinos) al no aplicarse en las colonias “conquistadas” del Nuevo Mundo.

Ahora bien, resulta, para mayor confusión, que la Bula de Gregorio XIII no se publicó en Manila hasta julio del año siguiente a su firma en Roma. Además, el nuevo Papa Sixto V, que acababa de suceder a Gregorio XIII, publica el 15 de noviembre de 1585 la nueva Bula “Dum ad uberes” por la que se revoca indirectamente el “monopolio”

misionero de la Compañía de Jesús al autorizar también a otros religiosos para evangelizar a Japón.

Ante la insistencia crítica de Valignano, el Vaticano no cede y, antes al contrario, publica nuevas Bulas en 1600 y 1608 confirmando la primera autorización de Sixto V.

El hecho es que, ante una posible confusa situación jurídica, durante los años siguientes frailes agustinos, franciscanos y dominicos desarrollaron “en paralelo” con los jesuitas una profunda labor evangelizadora en Japón entre los “pobres” de las ciudades. Abrieron hospitales para los indigentes, promovieron el uso del agua bendita, medallas... Y en el año 1614, después de que se habían expulsado ya misioneros extranjeros, residían en Japón 14 franciscanos, 9 dominicos y 4 agustinos. Su labor fue fecunda bautizando millares de fieles.

Es evidente el contraste entre los dos métodos de evangelización empleados:

I) Los jesuitas ante una “sociedad vertical” y de elevada cultura, se acercaban a las clases altas y presentaban un Cristianismo de “injerto” vivificador de los valores positivos culturales existentes en el país;

II) Los frailes, por el contrario, predicaban a un Cristo pobre a los pobres y consideraban la tierra nativa “vacía” (“tamquam tabula rasa”) donde se plantaba la semilla cristiana, tal como se hacía en las colonias iberoamericanas del Nuevo Mundo.

A partir de los años 1580 fueron aumentando el número de contactos religiosos, comerciales y políticos entre Japón y Manila, con el cambiante talante del ambicioso y extravagante nuevo Caudillo japonés Hideyoshi Toyotomi (1536–1598) que fue debilitando su apoyo oficial a los jesuitas aumentando su aparente simpatía por los frailes de Manila, visionando proyectos fantásticos sobre la posible conquista japonesa de Corea, China y las Filipinas.

Debemos recordar el fruto de los misioneros jesuitas que en 1614 contaban con 143 sacerdotes, 2 colegios, 24 residencias y con la ayuda imprescindible de hasta 250 catequistas laicos japoneses.

Y en total, parece ser que la comunidad cristiana japonesa llegó a sobrepasar los 300.000 fieles. El historiador católico inglés M. Steichen establece que hay evidencia

documental sobre la existencia de más de 50 daimyos cristianos, dos hijos de Nobunaga, un sobrino de Hideyoshi, el médico de cabecera de Hideyoshi, esposas de poderosos señores-como García Hasokawa-, camareras del palacio de Yeyasu, nobles, ricos comerciantes, pintores famosos... Antonio Cabezas¹ llega a concluir en su obra *El siglo Ibérico en Japón*, que un tercio de las principales familias japonesas contaban con algún miembro cristiano.

II. COMERCIO Y EVANGELIZACIÓN EN FILIPINAS Y JAPÓN BAJO EL PATRONATO ESPAÑOL

Ya hemos mencionado anteriormente la presencia descubridora española en el Océano Pacífico en los siglos XVI–XVII. La ciudad de Manila era ya española desde mayo de 1571 y fue Urdaneta quien encontró la mejor ruta marítima Manila–Acapulco para los galeones españoles. Japón, sin embargo, se encontraba dentro de la jurisdicción portuguesa del Padroado acordado. Así, todo el archipiélago japonés era territorio vedado a los navegantes y misioneros españoles. En realidad, existía un comercio japonés privado con Filipinas antes de la llegada española a Manila. Y así lo escribía Legazpi a Felipe II en su carta de 23 de junio de 1567 desde Cebú²:

“Más al norte de donde estamos (Cebú), o casi al noroeste, no lejos de aquí, están unas islas grandes que se dicen Luzón y Mindonoro donde vienen los chinos y japoneses cada año a contratar. Y lo que traen es sedas, telillas, campanas, porcelanas, olores, hierro, estaño, mantas de algodón pintadas y otras menudencias. Y al retorno se llevan el oro y la cera. La gente de estas dos islas son moros, compran lo que traen los chinos y japoneses y lo contratan ellos por todo el archipiélago”.

Este comercio existía realmente y, como bien explica Antonio Cabezas³:

“Legazpi después de fundar Manila dio la bienvenida a los inmigrantes chinos. Tres años después ya eran seis los juncos chinos que acudían regularmente a

¹ Cabezas, Antonio., *El Siglo Ibérico en Japón, (La presencia hispano – portuguesa en Japón 1543–1643)*, Valladolid, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Valladolid, 1994.

² Cabezas, Antonio., *El Siglo Ibérico en Japón, (La presencia hispano – portuguesa en Japón 1543–1643)*, Valladolid, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Valladolid, 1994, p.310.

³ *Ibidem*, p. 290.

Manila repletos de sedas. Parte se quedaba allí para confeccionar los famosos mantones y otras prendas femeninas, parte se remitía a México y España y parte lo compraban los japoneses que deseaban romper el monopolio portugués. El propio Gobernador de Manila, Don Gonzalo Ronquillo de Peñasola, fue quien abrió el barrio chino en 1580 y el barrio japonés dos años más tarde. Llegaron a vivir en él un máximo de mil quinientos residentes japoneses que se ocupaban del comercio o de ser guardaespaldas y mercenarios cuando se precisaba. La cristianización del barrio japonés se encomendó a los franciscanos, y la del barrio chino a los dominicos”.

Así las cosas, el 5 de agosto de 1584, un galeón español con cuatro frailes españoles a bordo (2 dominicos y 2 franciscanos), desviados por un recio temporal, llegaron accidentalmente a las costas de Hirado (isla sur de Kyushu), en su travesía regular Macao–Manila. Las autoridades de Hirado recibieron con entusiasmo a los inesperados visitantes, deseosos de comenzar relaciones comerciales con Manila, rompiendo el monopolio portugués de Nagasaki.

En realidad, a los pocos meses después del incidente, el arrogante nuevo caudillo japonés Hideyoshi escribía una amenazante carta dirigida al Gobernador de España en Filipinas, Don Pedro Gómez Pérez Dasmariñas. En ella afirmaba que con su campaña a Corea y China quería extender su poder hasta las Filipinas y, en caso de que no le enviase una embajada con tributos, llegaría a Manila con sus tropas.

La misiva llegó a Manila el 31 de mayo de 1592, y aquel mismo día Dasmariñas informaba a Felipe II y le pedía refuerzos de gente recia castellana y abundantes armas con cañones. El 28 de mayo de 1593 Dasmariñas envió una nueva embajada oficial a Hideyoshi con cuatro frailes franciscanos dirigidos por su superior el Padre Pedro Bautista Blázquez. Los españoles obsequiaron al caudillo japonés con un brioso caballo mexicano enjaezado, un vestido castellano, un espejo grande y un escritorio dorado.

Hideyoshi, amable, invitó a los embajadores a conocer a su corte y a visitar sus palacios de Kyoto, Fushimi y Osaka. Los frailes se quedaron en Kyoto y edificaron una pequeña iglesia en el terreno cedido por Hideyoshi, un convento de leprosería y un hospicio. Estas actividades de los franciscanos violaban los decretos japoneses, ya de comienzo de persecución, y la Bula de Gregorio XIII sobre el monopolio evangelizador de los

jesuitas, pero se justificaba, aparentemente, porque los frailes no habían llegado a Japón en calidad de *misioneros* evangelizadores sino como *embajadores* de Gobernador de Manila. A partir de esta fecha se produjo un constante goteo de frailes a Japón procedentes de las Filipinas.

El caprichoso Hideyoshi, sin ningún interés por la religión era también un mujeriego. Se afirma que en 1584 albergaba todo un harén de 120 concubinas en su castillo de Osaka que pronto llegó a duplicarse... Consumado político, su intención al permitir la estancia de los franciscanos era, simplemente, un puro cebo para atraer los comerciantes de Manila.

En realidad, los frailes, menos decididos a adaptarse a las costumbres japonesas -como había insistido y advertido Valignano-, cada vez se comportaron más desobedientes a las prohibiciones de Hideyoshi contra el Cristianismo, acercándose más a los pobres y oprimidos, con un claro abuso de su status diplomático, desoyendo las advertencias de los jesuitas. Y fue precisamente por aquellos inciertos días, en octubre de 1596 cuando ocurrió un desafortunado incidente que tuvo graves consecuencias adversas a todos los misioneros, incrementando un ambiente hostil y desconfiado de los japoneses hacia todos los misioneros.

El hecho es que el galeón español San Felipe, en su ruta habitual de Manila hacia Acapulco, naufragó casualmente en las costas del sur de Tosa. Llevaba un pasaje de 233 personas-entre ellas cuatro frailes agustinos, dos franciscanos y un dominico-. Después de prestar toda la ayuda necesaria a los naufragos españoles, las autoridades del lugar decidieron incautarse de su rico cargamento. Tras efectuar las protestas correspondientes, y aquí se centra la importancia histórica del evento, se afirma que el piloto (o capitán) español mostró un mapamundi “destacando la grandeza del vasto imperio español y añadió que el brazo largo del soberano español pronto alcanzaría Japón”... Las versiones del incidente son diversas. Otra afirma que en el imperio español “primero avanza la Cruz y después llega la Espada”.

El caso es que Hideyoshi reaccionó de forma violenta y no se hizo esperar. El 8 de diciembre comenzaron las redadas persecutorias en Kyoto y el 6 de febrero de 1597 los 26 primeros mártires japoneses fueron ejecutados (entre ellos, 6 franciscanos, 3 jesuitas y 17 seculares). La persecución remitió después, en cierto grado, y frailes españoles

continuaron llegando de Manila, al propio tiempo que seguía un comercio bilateral Japón–Filipinas. En septiembre de 1598 murió el monarca español Felipe II y el caudillo japonés Hideyoshi.

Como resultado de la decisiva batalla final de Sekigahara en el año 1600, Tokugawa Ieyasu confirmó su poder absoluto sobre todo Japón y, en 1603, el emperador Yozei II le nombra oficialmente Shogun de todo el país.

Unos meses antes naufragaba, en abril de 1600, en la isla de Kyushu el experto piloto inglés William Adams que pronto se convirtió en válido asesor de Tokugawa en asuntos técnicos navales, comerciales y de relaciones con el exterior. A bordo de un barco holandés llegó a Japón, después de cruzar el Estrecho de Magallanes. Su presencia ante el Shogun avivó la animadversión contra los misioneros católicos españoles y fue propiciando más relaciones con ingleses y holandeses. Con todo, con el permiso del nuevo Shogun Tokugawa se reabrieron las relaciones diplomáticas con Manila y, en realidad, a partir de 1602, se estableció una relación fija de un barco que iba y venía de las Filipinas todos los años, cargado de mercancías, cuyo flete se estimaba en unos 15.000 pesos anuales. Los nombres de los barcos llegaron a ser conocidos en todo Japón: “Santiaguillo”, “Santa María de la O” y “San Ildefonso”.

Otro naufragio español en las costas japonesas propició unas mejores relaciones España–México–Manila–Japón. Ocurrió lo siguiente:

El 30 de septiembre de 1609 la nao española “San Francisco” chocó contra unos arrecifes de la costa japonesa y se hundió. A bordo navegaba D. Rodrigo Vivero y Velasco (sobrino de Luis de Velasco, virrey de Navarra y de Nueva España) que era el actual Gobernador y Capitán General de las Filipinas. Vivero pasó diez meses en Japón con trato directo con Leyasu llegando a esbozar un principio de acuerdo bilateral de comercio entre Japón y México (1609–1610), con respeto a los misioneros para que predicasen libremente el Evangelio y además pidiendo la expulsión de unos “piratas” holandeses presentes en Japón. Me parece interesante citar unos párrafos significativos

escritos por Rodrigo Vivero⁴ en su relación del viaje a Japón del año 1609. Así describe la ciudad de Yedo:

“Tiene esta ciudad ciento cincuenta mil vecinos. Y aunque vate la mar en las casas de ella, entra un río caudaloso por medio del lugar y en él barcas de razonable porte, que las naos no pueden por no ser tanta la hondura. Por este río, que se divierte y desangra por muchas calles viene la mayor parte del vestimiento con tanta comodidad y a precios tan varatos que come un hombre razonablemente con medio real cada día. Y aunque los japoneses no gastan pan sino por género extraordinario, como fruta, no es encarecimiento decir que el que se hace en aquel pueblo es el mejor del mundo; y porque le compran pocos, vale casi de valde. Las calles y sitio de esta ciudad tienen tanto que ver cuanto hay que considerar en su gobierno, porque se puede competir con el de los romanos. Pocas calles hay una mejor que otra sino todas en igualdad y proporción anchas, largas y derechas mucho más que las nuestras en España. Las casas son de madera y de dos altos algunas, aunque no todas. Y dado que parecen mejor las nuestras por de fuera, el primor de aquellas por de dentro les hace grandísima ventaja; y la limpieza de las calles es de portales y están distintamente separadas conforme a los oficios y personas: en una calles carpinteros, sin que se mezcle otro oficio ni persona; en otra zapateros, herreros, sastres, mercaderes y, en suma, por calles y barrios todos los oficios de géneros diferentes que se pueden comprehender y muchos que en Europa no se usan porque los de plata tienen barrio solo, los de oro también, los de seda y otros géneros con la misma orden, sin que se vea un oficio encontrado en la calle de otro. Hay sitio particular y calles para la caza, así de perdizes como de ansares, Cabarcos, grullas, gallinas y todo genero de bolateria en abundancia. En otra calle se pone la caza de conejos, liebres, jabalíes y venados de que también hay incomprehensible número. Otro barrio hay que llaman la pescadería, que por su curiosidad me llevaron a que la viese, porque se venden en él todos los géneros de pescado de la mar y de los ríos que pueden desearse, secos, salados y frescos y en unas tinas muy grandes llenas de agua mucho pescado vivo, de manera que a la medida del gusto le halla quien le

⁴ Vivero y Velasco, Rodrigo., Citado por Antonio Cabezas en *El Siglo Ibérico en Japón, (La presencia hispano – portuguesa en Japón 1543–1643)*, Valladolid, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Valladolid, 1994, p.122.

quiere comprar; y como son tantos los vendedores, salen al camino y hacen barata conforme al tiempo y a la necesidad en que se ven. El barrio de la verdura y de la fruta está también de por sí y no es menos de ver que todo lo que he dicho porque, además de la abundancia y diversidad, la limpieza con que está puesto causa apetito a los compradores. Hay también calle y calles de solos mesones sin que se atravesase otra en medio. Hay calles donde se alquilan y venden cavallos, y es tal la copia de ellos que cuando llega el caminante, que es la costumbre mudar cavallo cada dos leguas, son tantos los que le salen a combidar y a mostrar el buen paso de su cavallo que apenas sabe como escoger. El barrio y calle de las malas mujeres siempre le tienen en los arrabales del lugar. Los cavallos y señores están en calles y barrios que hacen división de lo demás del pueblo, y con estos no se mezcla hombre común ni persona que no sea de su calidad. Y conócese bien estar en que solo ellos tienen las armas pintadas y doradas en lo alto de las puertas de sus casas; y en esto gastan tanto que hay portada que cuesta más de veinte mil ducados...”

Y un poco más adelante, en una segunda Relación del gobernador de Manila, Don Rodrigo Vivero⁵ así describe los productos del Japón y otras características de la sociedad Tokugawa:

“Es prosperísima la tierra de oro y plata, y si tuvieran mineros y azogue sacarían más cantidad. El arroz es el sustento ordinario, aunque se da trigo, mejor y más fértil que en España, porque de una anega es lo ordinario coger cincuenta. Comen el pan como fruta y en poca cantidad. No comen carne sino la que matan cazando; y de caza y de pesca tienen más abundancia que nosotros: venados, conejos, perdizes, cavacos, y toda caza de bolateria que cubre los ríos y lagunas. En el Reino de Boju tienen rico de oro, a la punta de él cogen algodón de que hacen mantas y cáñamo. Los cavalleros se visten de seda, y no es buena la de Japón; tráenla cada año de China, con muchas pinturas y labores. Y traen los señores grandes acompañamientos, y respétanlos de tal manera los oficiales y gente ordinaria que, en pasando por la calle, se postran en tierra. El barniz de los escriptorios y bufetes, que

⁵ Vivero y Velasco, Rodrigo., Citado por Antonio Cabezas en *El Siglo Ibérico en Japón, (La presencia hispano – portuguesa en Japón 1543–1643)*, Valladolid, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Valladolid, 1994, p.210.

es como resina de un árbol, no se sabe otro que le iguale, y así tienen lindezas peregrinas de este género. Y el de sus espadas y catanas también es cosa rara, porque hay una catana que se aprecia en cien mil ducados; y eso cosa muy cierta que cortan un hombre, cruzadas las piernas, de arriba abajo. Y riense de que estimemos un diamante o un rubí, diciendo que la estimación verdadera se ha de hacer de las espadas. Los señores del Japón son como señores de título y gozan con “mero mixto imperio” todo lo que hay en sus estados, y dan la renta de ellos y la quitan como es su voluntad a sus criados y deudos; y acabados o mudados se mudan todos los suyos, y los criados tienen la obligación de acudir a todos los servicios así en la guerra como en la paz, y a los acompañamientos diarios de su señor, con que son muy servidos y venerados en sus idolatrías...”

Y sigamos con la estancia de Don Rodrigo Vivero y Velasco en Japón. Estaba familiarizado con la metalurgia de las minas de plata que España explotaba en México. Se dio cuenta que podía ser el interlocutor ideal con Leyasu y su hijo Hidetada, consiguiendo llegar a un acuerdo entre Japón y España. Soñaba con la ilusión de ser artífice en el establecimiento de unas relaciones directas comerciales y diplomáticas entre el virreinato de Nueva España y Japón. Leyasu, al fin, ofreció a Don Rodrigo volver a México con un navío construido por los japoneses bajo la supervisión del piloto inglés William Adams. Vivero declinó la oferta y prefirió esperar a que el galeón español “Santa Ana”, anclado en Bungo, terminase de ser reparado.

Entretanto, Vivero se entrevistó con el franciscano Fray Luis Sotelo, experto misionero sevillano en Japón. Le pidió que actuase de intérprete ante Leyasu y le entregó un borrador de acuerdo definitivo para que lo negociase con el Shogun. En resumen, su contenido pedía la garantía de un buen trato a los españoles que llegasen a Japón, libre predicación de los frailes y que las mercancías traídas a Japón serían vendidas a un precio justo. Leyasu dejó para más adelante todo lo concerniente a la navegación, construcción de barcos y petición de mineros de México. De momento solo insistía en establecer una vía directa comercial con Nueva España.

Fray Luis Sotelo era en realidad un “visionario”, que se creía ser el artífice responsable de cumplir una elevada misión, actuando de inspirado intermediario ante las autoridades españolas y japonesas. Rezumaba optimismo exagerado, no compartido por otras fuentes españolas. Al fin, Sotelo se ofrece al Shogun como Embajador ante la corte

española con el objetivo de conseguir la tan deseada colaboración. Enterado Don Rodrigo de los “altos” planes del fraile franciscano decide reconducir la situación y apartarle de su pretendida “misión”.

Vivero se embarca en el “San Buenaventura” junto con unos 30 comerciantes japoneses, bajo el mando de Tanaka Shosuke (próspero comerciante de Kyoto y experto en la obtención de metales, muy interesado en conocer la tecnología española en la extracción beneficiosa de la plata de Nueva España). Acompaña la embajada Fray Alonso Muñoz como enviados del Shogun al Rey de España. El buque arribó el 13 de noviembre de 1610. La llegada de la expedición de Vivero en Acapulco despertó gran interés y aceleró el regreso de algunos japoneses a Japón y el viaje del fraile Alonso Muñoz a la corte de Felipe III, para preparar adecuadamente el programa de relaciones bilaterales.

En estas complejas circunstancias apareció un nuevo tema de descubrimiento que alteró los planes de Vivero. Una antigua tradición marinera relataba que a la altura de Japón existían dos islas que la imaginación popular bautizó con los nombres de Rica de Oro y Rica de Plata. En efecto, a finales del siglo XVI unos navegantes que habían visto con sus propios ojos dichas islas que ofrecían riqueza inmensa de metales preciosos. Y a principios del siglo XVII surge la figura de un sacerdote andariego y buen cosmógrafo que mostraba la situación exacta de las Islas. Este hombre de prestigio fue enviado por la ciudad de Manila como procurador a la corte española de Madrid en 1605 y durante su viaje a Acapulco tuvo indicios evidentes de la proximidad de las Islas. Sus explicaciones conmovieron a todos en Madrid. Y el hallazgo de las islas, según sus elucubraciones y fantasías marineras, llenaría de barras de oro y plata las enjutas arcas reales y, al propio tiempo, servirían de base logística a los galeones de Manila muy necesitados de escala en su larguísima travesía a Acapulco. Así, empezó a considerarse muy en serio la propuesta de la búsqueda de tales islas Platarias, sancionada por el rey el 27 de septiembre de 1608, jornada en la que la propuesta encontró fuerte oposición por un buen número de personajes de la corte, entre ellos el propio Don Rodrigo Vivero que juiciosamente la estimó “imaginaria y nunca vista por nadie”.

Se produjeron acaloradas discusiones en la corte. Los habitantes de Filipinas, entre ellos Ríos Coronel, pretendían llevar a cabo el descubrimiento desde Manila, mientras que los vecinos de México no estaban dispuestos a dejarse escapar tales codiciados recursos en la navegación por el Pacífico. Al final, por orden del rey Felipe III se prepara una

expedición para el descubrimiento de las islas ricas de Oro y Plata que parecían estar al este de Japón. El virrey de México, Don Luis de Velasco puso al frente de la expedición al general Sebastián Vizcaíno, experimentado marino y explorador de las costas de California. Según el plan aprobado, Vizcaíno debía presentarse ante el Shogun japonés como Embajador, presentando sus credenciales a Leyasu y Hidetada. Ofrecería los obsequios pertinentes y pediría autorización para cartografiar las costas japonesas, en primavera saldría en búsqueda de las misteriosas islas.

Vizcaíno partió de Acapulco el 22 de marzo de 1611 y arribó a las costas de Japón el 10 de junio. Con la debida licencia el 22 de junio de 1614 marchó a la corte de Edo, como embajador del virrey de Nueva España, acompañado de una escolta de treinta arcabuceros, bandera, caja militar y demás aparato. El Embajador Vizcaíno se hizo acompañar de Fray Luis Sotelo en calidad de intérprete.

En septiembre de 1612 partieron de Japón en busca de las islas ricas de Oro y Plata. Después de dos meses de búsqueda infructuosa Vizcaíno regresó a Japón con su navío seriamente dañado y fue testigo del empeoramiento de las relaciones de Shogunado con los cristianos. Fray Luis Sotelo seguía obsesionado con dirigir una nueva embajada a España y Roma para la libertad de evangelización en Japón y la promoción de comercios bilaterales.

III. LA EMBAJADA KEICHO A ESPAÑA DE DATE MASAMUNE Y HASEKURA ROKUYEMON (1613-1620)

Los consejeros del Shogun, al fin, vieron una oportunidad en el feudo de Oshu, bajo su poderoso Daimyo el gran Date Masamune, al presentar sus puertos mejores condiciones para asegurar el éxito de la embajada y se construyó un nuevo barco con la ayuda técnica de carpinteros navales del Shogunado.

En mayo de 1613 Vizcaíno había caído enfermo y accedió a llegar a un acuerdo con Masamune, señor de Sendai. Leyasu y Hidetada se reunieron con Masamune y el mismo Vizcaíno.

El 19 de octubre se redactaron las cartas para el Virrey de Nueva España, Felipe III y el Papa. Masamune no era cristiano, vivía con esposa y trescientas concubinas con jovencitos a su disposición. Entonces, conseguidos todos los permisos y medios del

Shogunado, Masamune nombró a un Samurai suyo Hasekura Rokuyemon como Embajador de la legación que acompañaría a Luis Sotelo y a Vizcaíno. Terminado el nuevo barco, bautizado San Juan Bautista, de 500 toneladas, zarpó de la bahía de Tsukinoura, cerca de Sendai, rumbo a Nueva España el 27 de octubre de 1613.

La legación estaba compuesta por Vizcaíno, Fray Luis Sotelo, con dos frailes franciscanos, y Hasekura, con una comitiva de unos 140–150 comerciantes y unos diez japoneses vasallos de Mukai Shogen. Ya en alta mar, los japoneses y Fray Luis Sotelo tomaron el mando, quedando Vizcaíno reducido a simple pasajero. La nave llegó a Acapulco el 25 de enero de 1614. Es oportuno recordar que Acapulco era el único puerto autorizado para comerciar con las Filipinas y los cargamentos que llegaban, al principio limitados a especias, fueron aumentando en cantidad y variedad a medida que Manila crecía con afluencia de comerciantes procedentes de las ciudades de México, Guadalajara, Zacatecas, Cuernavaca, etc... y junto con los hacendados, marinos, mujeres de mala vida, curanderos, comerciantes, mendigos y arrieros formaban una de las ferias más renombradas en aquellos tiempos.

La comitiva, tras permanecer algún tiempo en la ciudad de México, partió hacia Veracruz con el objetivo de zarpar rumbo a España con la fecha prevista del 10 de junio de 1614. No pudiendo desplazarse toda la comitiva, Hasekura seleccionó un grupo pequeño de unos 30 japoneses, ordenando que el resto volviera a Acapulco en espera de su regreso.

Embarcaron en el galeón San Josepe con Fray Luis Sotelo. Arribaron a San Lucas de Barrameda el 5 de octubre de 1614. El duque de Medina Sidonia envió carrozas para recibirlos y acomodarlos. Hizo armar dos galeras para llevar la comitiva a la ciudad de Coria. Multitud de gabarras y falúas transportaban la carga hasta Sevilla debido al calado del río que presentaba un pronunciado meandro en Coria.

Desgraciadamente, las Actas Capitulares del Archivo Municipal de Coria llegan solamente hasta 1612 para reanudarse en 1678.

La entrada de la comitiva en Sevilla fue apoteósica. A veintiuno de octubre de 1614 la ciudad envió carrozas, cabalgaduras y gran número de caballeros y nobles. Cerca de Triana, y antes de cruzar el puente, se multiplicó de tal manera el número de carrozas, caballo y gente de todo género que no bastaba la diligencia de alguaciles y otros

oficiales de justicia para poder atravesarlo. Finalmente, apareció el conde de Salvatierra, Asistente (Alcalde) de la ciudad. La comitiva se dirigió al Alcazar Real, adornado con tapices y ornamentos de gran valor y allí se designaron los aposentos reales para el Embajador Hasekura y otros aposentos para toda su comitiva. El Asistente en persona favoreció especialmente al Embajador con varios entretenimientos de comedias, danzas y festines como hicieron muchos caballeros, prelados, religiosos y en especial Jueces Oficiales Reales ofreciendo cada uno un regalo en nombre de la casa.

El cabildo hispalense se reunió el 8 de octubre para dar lectura a las cartas dirigidas a la ciudad por Hasekura y Sotelo. El día 27 el Embajador fue recibido por el Cabildo en pleno. Allí se leyó la carta de Date Masamune, traducida al español, con fecha en Sendai de 26 de octubre de 1613.

Entretanto, el Consejo de Indias y el del Estado, en Madrid, examinaron cuidadosamente los términos de la embajada, considerando las cartas que había enviado Vizcaíno desde México, el Virrey Guadalcazar y, desde Sevilla, el poderoso Presidente de la Casa de la Contratación, Don Francisco de Uarte. Además del memorial enviado desde San Lucar de Barrameda por el Duque de Medina Sidonia.

Al fin, el 25 de noviembre de 1614, la comitiva partió para Madrid a quienes se trataron con grandes honores por todo el camino, en especial en Córdoba. En Toledo visitaron al Arzobispo y entraron en Madrid el 20 de diciembre con grandes fríos y nevadas.

El día 30 de enero de 1615 fueron recibidos por el Rey Felipe III. Hasekura transmitió el mensaje de Masamune pidiendo que se enviasen predicadores franciscanos y la protección de la Corona al comercio en el feudo de Oshu con Nueva España. Fray Luis Sotelo explicitó los deseos de Leyasu y Hidetada de establecer una alianza con España y entregó las cartas que ambos caudillos enviaban al monarca español. El rey contestó que se examinarían las peticiones en el Consejo de Estado donde todo este asunto de la embajada quedaba encomendado dentro de la adecuada perspectiva diplomática de España en Asia. En el Monasterio de las Descalzas Reales el Embajador Hasekura fue bautizado actuando de padrinos el Duque de Lerma y otros nobles.

Entretanto Fray Luis Sotelo se dedicaba a gestionar la autorización de su “misión” en la Corte de Madrid, incluyendo una visita a Roma para pedirle un nuevo obispo para aquella floreciente comunidad cristiana. Sin olvidar su insistencia en pedir envío de

nuevos misioneros franciscanos desde México, a bordo de un navío anual que asentara el comercio directo en el territorio de Date Masamune. Pero, al fin, los planes de Sotelo no encontraron el apoyo deseado en Madrid por varios motivos:

I/ La plata que podría llegar a Nueva España desde Japón resultaría una infracción de los acuerdos luso–españoles;

II/ La dimensión política de Date Masamune era la de un simple señor feudal que no ostentaba el poder nacional de Japón;

III/ Recrudescimientos de las persecuciones contra los cristianos en todo Japón desde 1614.

Después de una permanencia de 8 meses en la corte de Madrid, la comitiva fue autorizada para trasladarse a Roma y se les concedió un subsidio de 4.000 ducados para el viaje. Tras pasar por Génova, llegaron a Roma el 25 de octubre de 1615 y, en aquel mismo día, Hasekura, Fray Luis Sotelo y algunos otros miembros de la comitiva se dirigieron al palacio del Quirinal para ser introducidos al papa por el Cardenal Borghese. Mantuvieron un breve coloquio. La acogida resultaba algo ambigua al existir en algunos círculos cierta desconfianza motivada por una carta del jesuita obispo de Japón, Luis Cerqueira, al General de los jesuitas, en donde se informaba de los planes de Sotelo.

En cualquier caso, la entrada oficial de la embajada en Roma tuvo lugar el 29 de octubre y el 3 de noviembre se celebró en el palacio apostólico la Audiencia Pública en la que los japoneses fueron recibidos solemnemente por el Papa en presencia de los Cardenales de la curia, embajadores y noble. Fray Luis Sotelo conseguía su sueño al entregar personalmente a Paulo V en la tarde del 15 de noviembre de 1615 el documento que contenía sus inspiradas peticiones. Este documento estaba firmado por Luis Sotelo y cuarenta cristianos japoneses de las ciudades de Miyako, Fushimi, Osaka y Sakai. Se solicitaba el nombramiento de un arzobispo (naturalmente del buen franciscano), la construcción de un seminario y la canonización de los mártires franciscanos. El resultado en definitiva fue que aunque la recepción de la embajada japonesa fue muy cordial, la Santa Sede no se comprometía a ninguna petición acomodándose con los deseos del monarca español.

Así, el 7 de enero de 1616 la embajada inicia su viaje de regreso desilusionada y desmoralizada. Al llegar a Génova Hasekura cayó enfermo. Con la muerte de Leyasu Tokugawa el 16 de junio de 1616 Japón estaba a punto de cambiar su política de auge de comercio y relaciones exteriores. A mediados de abril de aquel año los consejeros de Indias, con el visto bueno del rey Felipe III, tomaron las decisiones finales adversas a las peticiones de la delegación japonesa. Así, se ordenó a los funcionarios de la Casa de Contratación de Sevilla que “sin réplica ni excusa” embarcasen a Luis Sotelo y a Hasekura a Nueva España. El 4 de julio al fin zarparon Sotelo, Hasekura y cinco criados suyos a México. En Acapulco les esperaba el barco de Masamune, que a pesar de las prohibiciones españolas, había de nuevo cruzado el Pacífico cargado de mercancías comandado por Yokozawa Shogen deudo de Mukai Shogen que había organizado toda la expedición comercial con Date Masamune. La nao llegó a Manila en julio de 1618.

En 1620 Hasekura obtuvo permiso para retornar a Japón. Llegó a Sendai justo cuando allí también comenzaba la persecución contra los cristianos. Masamune en más de diez días no se dio ni por enterado del regreso de su Hasekura. El hecho es el final de la vida no aparece muy claro, algunas fuentes aseguran que abjuró del cristianismo y murió dos años después.

Fray Luis de Sotelo volvió a Japón disfrazado de comerciante en 1622. Fue apresado y quemado vivo cerca de Nagasaki el 25 de agosto de 1624. El Papa Pío IX lo beatificó en 1867. Al parecer toda esta embajada costó al tesoro español tres millones e maravedíes.

Ahora bien, esta larga y compleja historia tuvo una consecuencia curiosa. La embajada japonesa no embarcó en Sevilla a todos los japoneses de la comitiva y, aunque no hay evidencia documental, es un hecho que unos 15 japoneses no regresaron nunca a Japón con Hasekura, sino que se quedaron en la ciudad de Coria del Río, cercana a Sevilla, dando origen al apellido español de “Japón”. Según el censo de Coria del Río de 1989 constan allí registrados:

-321 corianos con “Japón” de primer apellido.

-9 corianos con “Japón” de primer y segundo apellido.

-500 corianos con “Japón” de segundo apellido.

No fue hasta 1859 cuando Velázquez Sánchez⁶, jefe del archivero municipal de Sevilla, encuentra la carta original del Daimyo Date Masamune en pésimo estado de conservación y tres años más tarde da a conocer su hallazgo en el libro *La Embajada japonesa*.

Y aquí termina esta breve relación sobre la Embajada Keicho (1614-1620). Es interesante añadir la novela del conocido literato católico japonés Endo Shusaku “Samurai”, en donde se narra la aventura del samurai Hasekura Tsunegawa, Embajador del señor feudal Date Masamune, que con un grupo de japoneses partió de Sendai y después de cruzar el Pacífico, atravesaron México desde Acapulco hasta Veracruz para después de navegar por el Atlántico y llegar al río Guadalquivir (Sevilla). Prosiguieron su viaje hasta Madrid, visitando la corte de Felipe II y después se dirigieron a Roma para una entrevista papal en el Vaticano.

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

CABEZAS, Antonio., *El Siglo Ibérico de Japón, (La presencia hispano – portuguesa en Japón 1543–1643)*, Valladolid, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Valladolid, 1994.

HAMAMATSU, Noriko., *La obra lingüística de Fray Diego Collado: Legado de su labor misionera en Japón*, publicado en *¿Qué es Japón? Introducción a la cultura japonesa*, edit. Fernando Cid Lucas, Cáceres, Universidad de Extremadura, 2009.

GIL, Juan., *Hidalgos y Samuráis*, Madrid, Alianza Universidad, 1991.

KAMEN, Henry., *Imperio*, Madrid, Santillana, 2004.

LANZACO SALAFRANCA, Federico., *Introducción a la cultura japonesa. Pensamiento y religión*, Valladolid, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Valladolid, 2004.

_____, *Encuentros del Cristianismo con las culturas de la China, Japón e India durante los siglos XVI–XVIII*, conferencia pronunciada en el Seminario “Monoteísmo y

⁶ Citado por Suárez Japón., Juan Manuel coord., en su libro *Japón y japoneses en la orilla del Guadalquivir*, Sevilla, Fundación El Monte, 2007, p.15.

Diálogo” en la Universidad de Castilla – La Mancha, Campus de Cuenca, 14 de noviembre de 2008.

OLLÉ, Manuel., *La Empresa de China (De la Armada Invencible al Galeón de Manila)*, Barcelona, Acantilado, 2002.

SPATE, O.H.K., *El Lago español (El Pacífico desde Magallanes Vol. I)*, Australian National University, Canberra, 2006 (Traducción al español del original inglés)

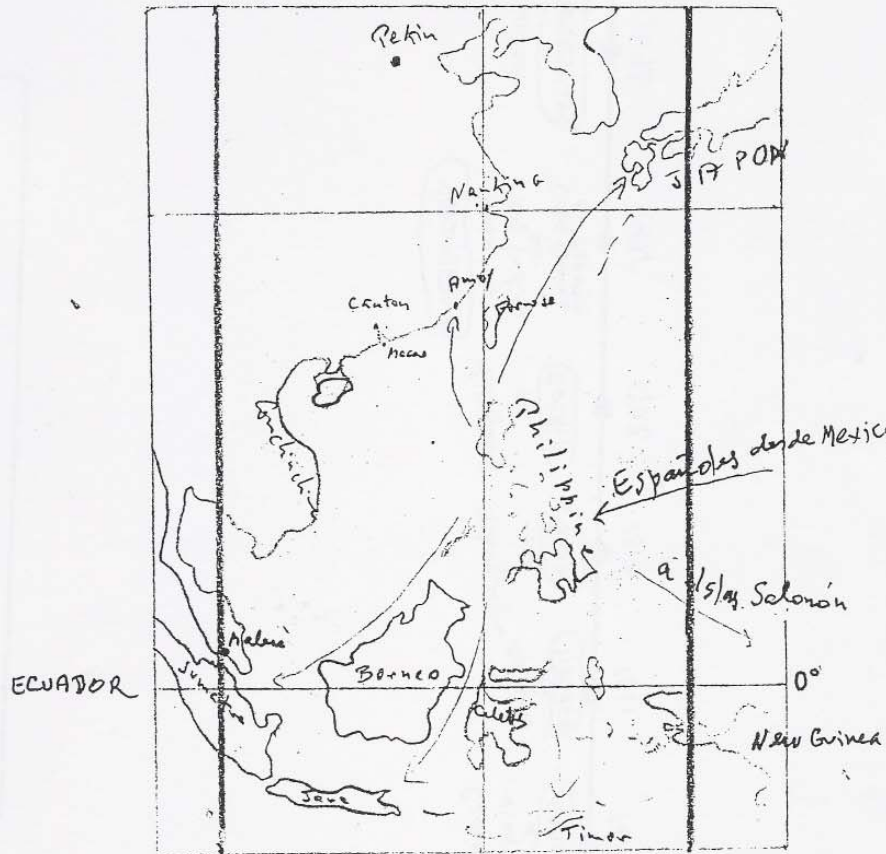
SUÁREZ JAPÓN, Juan Manuel coord., *Japón y japoneses en la orilla del Guadalquivir*, Sevilla, Fundación El Monte, 2007.

FERNÁNDEZ GÓMEZ, Marcos, (Director del Archivo Municipal de Sevilla) *Una embajada japonesa en Sevilla del siglo XVII. La misión Keicho (1613–1620)*.

VALLE ARÉVALO, Manuel del (ex alcalde de Sevilla)., *De cómo empezó toda esta historia*.

DOMÍNGUEZ ADAME, Mauricio (Jefe de Protocolo del Ayuntamiento de Sevilla)., *Embajadas japonesas en Sevilla*.

VALENCIA JAPÓN, Víctor, *De Japón a Roma pasando por Coria*.



Españoles desde Mexico a través Islas Marianas

a Islas Salomón

ZONA RUDOSA